862.8
T2553a
v.23
no.10

La Librería

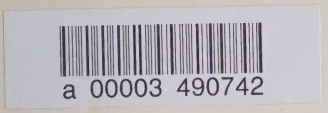
Iriarte y Oropesa

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

862.8
T255a
v.23
no.10


a 00003 490742

This book must not be taken from the Library building.

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lalibreradramaen00iria

UNTA DELEGADA
DEL
ESORO ARTISTICO

bros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

TORRAS

N.º de la procedencia

LIBRERÍA,

...MA EN UN ACTO

POR

D. TOMÁS DE TRIARTE.

[TRIARTE]

EN SALAMANCA

e hallará esta pieza y otras de varios títulos y saynetes en la Oficina de D. Francisco de Tóxar.

PERSONAS.

El Librero (Hombre pacífico.)
La Tia Nicolasa (su Esposa : Vieja de mala condicion.)
Feliciana (Sobrina del *Librero* : Muchacha bien criada.)
Fermin (Mancebo del *Librero* , y Amante de *Feliciana* : Mozo honrado y hábil.)
D. Silvestre (Ricote ocioso , y de pesadísima conversacion.)
D. Roque (Poeta estrafalario.)
D. Isidro (Mozalbete medio Majo, y Freqüentador de casas de juego.)
Un *Hombre* , que entra una sola vez en la Librería.

LA LIBRERÍA.

ESCENA I.

LA TIA NICOLASA y FELICIANA.

El Teatro representa una Librería con mostrador á la calle, una mesa con recado de escribir, sobre la qual habrá un monton de libros: algunos de ellos en el suelo, y sembrados por las sillas. La Tia Nicolasa *y su Sobrina* Feliciana *están sentadas junto al mostrador con almohadilla de labor; y la Sobrina canta esta seguidilla*

Para el mal de la ausencia
Dicen que sirve
De alivio el ser mudable;
Mas yo soi firme.
Ausencia es aire
Que apaga el fuego corto,
Y enciende el grande.

Nicolasa.

Ya me va enfadando un poco la manía de esta Muchacha.

Feliciana.

¿Por qué, Tia?

Nicolasa.

Por que no sabes coser si no estás borotando la casa con tu canticio.

Feliciana.

Pues ¿acaso estorba la garganta las manos?

Nicolasa.

Ya te he dicho que quantos pasan por la calle reparan que casi son todas tus seguidillas que tus puntadas, las Niñas han de tener mas recogimiento.

Feliciana.

¿Qué mas recogida quiere usted que esté? No dirán que soi de aquéllas que se pasan todo el dia colgadas al balcon.

Nicolasa.

Pero estás aquí en una tienda, que toda ella es ventana.

Feliciana.

Quien tiene la culpa de eso es mi Tio, que sale á sus diligencias, y nos dexa cuidando de los libros.

Nicolasa.

¿Pues qué? ¿Ha de dexar la Librería abandonada?

Feliciana.

Nó; pero pudiera no haber despedido al Mancebo, que á la verdad hace tanta falta que....

Nicolasa.

Calla, calla. Si se le despidió, sus razones hubo para ello. ¿Me quieres enseñar tú á mí las precauciones que se deben tomar en casas donde hai Muchachas solteras?.... No me hagas

769802

revolver cuentos viejos ; por que como soi Nicolasa.....

Feliciana.

No se irrite usted , Tia. Usted se figuró que Fermin , el Mancebo que teníamos , pensaba casarse conmigo; y esto bastó para que ántes de ayer se le despachase á instancias de usted, habiendo tantos años que trabajaba en casa , y siendo tan querido de mi Tio por su buen genio , hombría de bien, y habilidad en su oficio. No ignora usted que es Hijo de mui buenos Padres , que tiene Parientes mui bien puestos , que cursó sus estudios en Alcalá , y que sólo la cortedad de sus medios le ha reducido á elegir la profesion de Librero.

Nicolasa.

Eso es : alábale , hazle la relacion de méritos , y aboga por él ; que, por mas que lo sientas , no ha de volver á casa , ni siquiera por visita de cumplimiento.

Feliciana.

No debo de sentir mucho su despedida , quando estói cantando.

Nicolasa.

Es que en ti es costumbre tan envejecida el seguidillear , que aunque me vieras de cuerpo presente , habías de estar gorgoriteando.

Feliciana.

Estimo yo á usted más que todo eso ; y no soi tan ingrata á los favores que la he debido. Usted me traxo á su casa quando yo era huérfana : ha cuidado de mi educacion ; y ademas de esto...

Nicolasa.

Todavía no sabes , Feliciana , beneficio que hoi quiero hacerte, mayor que los pasados — Bien has visquanto te estiman algunos Sujetos q concurren á esta Librería. Qualquie de ellos se alegraría de que yo ofreciese tu mano. — Ya conoces D. Silvestre , que es de los Tertuli nos mas antiguos.....

Feliciana.

¡ Ai , Señora ! ¡ Y como que conozco ! Es un Ricacho ocioso , p sado en la conversacion , que en e pezando un cuento , no acierta á ac barle , y que á todos pudre la sang con los estribillos , muletas y refran que ensarta.

Nicolasa.

Tú no sabes mas que poner fa tas. — Ya has tratado tambien D. Isidro.

Feliciana.

Y por que le he tratado , sé que un mixto de Usía y Majo , gran Fu qüentador de casas de juego , y sob todo , el mayor porfiado que se c noce. Rabia por apostar sobre qua quiera bagatela ; á todos contradic y en fin , Señora.....

Nicolasa.

¡ Qué reparona eres , Sobrina ! — Pues ¿ que dirás de D. Roque ?

Feliciana.

Lo que todo el mundo sabe. Qu es un Copista de oficio (ó com otros le llaman , Poeta) y que siem pre anda tan distrahido pensando e sus décimas , que apénas se le pued hablar , por que no responde co

RBC/NcU

concierto. Sobre que va por la calle hablando solo, manoteando, y haciendo visages.....

Nicolasa.

¡Ai, ai! qué delicada que se me va haciendo la Niña!— Feliciana, tú tomarás el Novio que te den.

Feliciana.

... Sí, Señora. Yo obedeceré á usted en este asunto como en todos; pero usted me propone esas bodas, y mi Tio por otra parte me ha dicho que pensaba hablarme de otra quanto ántes.

Nicolasa.

Fíate en promesas de mi Marido. Aquél?— ¡Buena traza!— Seis meses ha que está diciendo que ha de darte estado; y todavía no acaba de determinarse. ¿Si se acordará de eso hoi cabalmente?

Feliciana.

No habrá querido partir de ligero; por que es prudente.....

Nicolasa.

Por que es un pelmazo: y ya que él se duerme, yo quiero casarte luego, luego, para enseñarle á resolver las cosas con actividad. Gasta mucha paciencia. Considérate tú que desde acabado de comer que salió, todavía no ha vuelto....— Yo quería ir un instante aquí á las quarenta horas; pero como no parece..... Nó, nó: no me he de quedar sin rezar. Tú cuidarás entretanto de la tienda; y yo rogaré á Dios que te haga buena, que bien lo necesitas.....

(*Hace que se va, y vuelve.*)

¿Oyes?.... Cuidado con no cantarme.—

(*Da algun paso como que en efecto se va, y volviendo á mirarla, dice:*)

Mira que por esa solfa todavía te te he de solfear yo.

ESCENA II.

FELICIANA, *y despues* FERMIN.

Feliciana.

¡Infeliz de mí! Ni aun me permiten la inocente diversion de la Música, para distraherme algun rato, si es posible, del triste recuerdo de la ausencia de Fermin!— Le estoi debiendo finezas que no tienen precio. El me instruía con su conversacion: él procuraba inspirarme máximas de una buena crianza que me faltaba: él escogía entre estos libros los que convenían á mi edad y á mi genio, para que me sirviesen de enseñanza sus exemplos, y de deleite su estilo. ¡Qué pocos son los Amigos, qué raros los Amantes que proceden así con las personas que quieren!— ¡Ah, Fermin! Tú te perdiste, y me perdiste por ser demasiado propenso á hacer bien. ¡Oxalá me hubieses tratado con la mayor aspereza! No hubieran conocido entónces la conformidad de nuestras almas; y vivirías todavía en esta casa..... Mas ¿para qué?— Para ser testigo de la violencia con que quieren disponer de mi mano. ...— (*Sobresaltada.*) ¿Quién viene?....

(*A* Fermin, *que sale apresurado.*)

¡Fermin!.... ¿Como te atreves á pisar los umbrales de esta tienda?....

Fermin.

Vengo á que tu vista me renueve el dolor de verme separado de ti.

Feliciana.

Si mi Tio volviese.....

Fermin.

Quedaba poco ha en la Aduana recogiendo unos libros. Ahora llegaba tu Tia á la esquina inmediata. Yo he paseado esta calle á varias horas del dia sin esperanza de poder entrar á verte: por señas de que no ha mucho que te oí cantar una seguidilla con aquella gracia que sueles; y en ella te quexabas de la ausencia.

Feliciana.

No me quexaba todo lo que debo.....— Pero no desperdiciemos estos apreciables instantes. Mi Tio piensa casarme: no sé con quien.

Fermin.

¡Qué noticia!

Feliciana.

Por otro lado mi Tia tambien me ha propuesto hoi por Novios á D. Silvestre, á D. Isidro, y aun al Poeta D. Roque. Ya ves que, pues piensa en tres Sujetos á un tiempo, no debe de haber elegido con madurez uno como corresponde, y que su fin es salir de mí quanto ántes, séa quien fuere el Marido. La Tia Nicolasa está siempre de esquina con mi Tio, esperando á que él diga sí, para decir ella nó: yo sólo quiero á Fermin; con que ya puedes presumir las disensiones que ha de haber en esta casa.

Fermin.

Ambos hemos merecido siempre á tu Tio mil atenciones; y ya ves que, si me ha despedido, ha sido po influxo de su Esposa, que estaba ma con que nos llevásemos bien. Per malo es que haya pensado en dart otro Novio.— El es hombre de te son. Nó; no podrémos reducirle... Tu Tia es soberbia, caprichosa..... ¡Ah, Feliciana! No serás tú mia....— Pero me ocurre un arbitrio que.....

Feliciana.

Díle pronto.

Fermin.

Ya sabes que tengo un Pri medianamente rico, que ha prometi do no desampararme. Yo podría est noche llevarte secretamente á su casa Desde allí.....

Feliciana.

¿Eso intentas, Fermin? Eres tú aquel Maestro juicioso que me enseñaba á aborrecer las locas prontitú des de la mocedad? En otro tiempo tenías buen concepto de mí; pero y le he perdido: ya me crées capaz de consentir que me saques á hurto de casa de unos Tios que venero como á Padres, por mas injustamente que procedan ellos conmigo.

Fermin.

Perdona, Feliciana, ó disculpa á lo ménos el arrojo de un Amante desesperado, que se olvida de quien eres, y de quien él debe ser. Demasiado bien has aprendido mis lecciones; y te exhorto á que no las olvides, aunque las emplées contra mí.

Feliciana.

¡Ah, Fermin! Si todos los hombres procurasen como tú que las mugeres á quienes aman se distinguiesen

le las demas con inclinarse á la lec-
ura, seria el amor escuela de inge-
io, y quizá de virtud..... Pero bus-
quemos otro medio mas lícito y ade-
quado.

Fermin.

Si encontrásemos algun empeño
para que volviesen á admitirme en
asa, .. Yo estói seguro de que ha-
ía de ganar la gracia de tu Tio.

Feliciana.

Eso importa.— Allí viene ya jus-
amente el Poeta D. Roque. Yo le
ablaré para que interceda á tu favor
on la Tia.

Fermin.

Y yo entretanto iré á suplicar á
D. Silvestre, que vive aquí cerca,
ue se empeñe con el Patron.

Feliciana.

Y ¿acaso ímpedirás con eso mi
natrimonio?

Fermin.

Nó; pero..... ¿qué sé yo?..... Te
eré, te hablaré..... A Dios.— Pres-
o me traherá aquí mi amor, y el
usto temor que tengo de perderte.

ESCENA III.

FELICIANA *y* D. ROQUE.

Feliciana.

Si ese temor se ha de verificar,
o vuelvas.

Sale D. Roque *distrahido con un pa-
pel en la mano*)

D. Roque.

No hai cosa que ponga á un hom-
re de peor humor que buscar un
consonante, y no dar con él.....—
Dios guarde á usted Señorita.....—
¿Habrá por aquí un tintero?

Feliciana.

Ahí tiene usted recado de escri-
bir; pero, si me oyera ántes una
palabra, le pediría un favor.

D. Roque.

Sí, Señora. ¿Qué quiere usted?
¿Décimas, coplas de Tirana, roman-
ce, seguidillas para cantar, ó.....

Feliciana.

Nada de eso, Señor.

D. Roque.

Si usted necesita algunos motes
para Damas y Galanes, Años, Estre-
chos, estos dias he hecho unos que
no les falta mas que estár impresos,
y venderse en la Puerta del Sol.

Feliciana.

Señor, óigame usted.

D. Roque.

No tiene remedio: la he de leer
á usted una glosa que he compuesto
esta mañana. Atienda usted. La quar-
teta dice así:

Tocando la lira Orféo,
Y cantando Jeremías,
Bailaban unas folías,
Los Hijos del Zebédeo.

Qué tal?— Pues ahora va la glosa.

Vino un dia Menelâo,
Sobrino de Faraon,
Conducido en un Simon
Hasta el Puerto de Bilbâo.
Un plato de bacallâo
Le causó tal regodéo,
Que á todos dixo en Hebréo:
Vamos tomando café,
Sin embargo de que esté

Tocando la lira Orféo.

Pero ¡qué décima la otra que se sigue!

Al oirlo Doña Urraca,
Noble Infanta de Castilla,
Se metió baxo la almilla
Una cruz de Caravaca.
Diéronla mucha matraca;
Y ella dixo: nó en mis dias.
¿Qué importa á las tres Marías
Que esté, quando yo lo mando,
San Pasqual Bailon llorando
Y cantando Jeremías?

Eh? ¿Qué le parece á usted? — Vamos adelante.

Estaba allí Garibái,
Y dixo al oido á Enéas:
Calla, tonto, no lo créas;
Que todo eso es guirigái.
Con casaca verdegái
Se apareció Zacarías,
Que al son de las letanías
Vino cantando el cumbé;
Y ellos en deshabillé
Bailaban unas folías.

¡Qué bien trahido el pié! — Pero aquí entra lo mejor.

Saltó el Virréi del Perú;
Y arracando su melena,
Dixo, con la boca llena
De turron y de alajú:
¿Dónde está mi biricú,
Mi sotana y mi mantéo?
Que me voi al jubiléo
A rezar por los difuntos,
No séa que duerman juntos
Los Hijos del Zebedéo.

A ver! ¿Qué la pide usted á la glosita ésta?

Feliciana.

Sólo usted pudiera haberla hecho, Señor Don Roque.

D. Roque.

Nó: pues aquí traigo otra obrita empezada; y poco he de pode yo, si no la acabo ahora mismo.— Antes que se me vayan las especies.. con licencia de usted.

(*Siéntase á escribir en una mesa llen de libros.*)

Feliciana.

Señor, yo no pedía versos.

D. Roque.

Pues á un Poeta no se le pue pedir otra cosa.

Feliciana.

Mire usted. Yo sólo quisiera qu usted se empeñase con mi Tia par que al pobre Fermin, que ha salid despedido, se le vuelva á recibir e casa.

D. Roque.

Bien está.— *Borrasca, tarasca carrasca, hojarasca.....* Se lo diré tu Tia.... *Escollo, repollo, bollo, pimpollo, cogollo, meollo.....* Era un excelente Mozo; y créo que usted y é hacian buenas migas. ¿Eh? — Siento que le hayan echado.

Feliciana.

¿Queda usted en eso, Señor D. Roque?

D. Roque.

Sí, Señor; pero no me cante usted ahora seguidillas como acostumbra, por que me pertubará.....— *Piloto.... alboroto.... bergamoto.... terremoto..... el sutil Escoto.....*

Feliciana.

Yo callaré, pero ahí tiene usted ya á su Amigo D. Isidro, que me

erá mas ruido que catorce. (*Vase.*)

ESCENA IV.

D. ISIDRO *y* D. ROQUE.

D. Isidro.

¡Ola! ¿Como está tan sola la ienda?.... ¿Ahí estaba usted, D. Roque?.... Tenga usted mui buenas tarles..... Digo?.... ¿No responde used?— El bueno del hombre quando se enfrasca....

D Roque.

(*Hablando consigo propio.*)

¿*Enfrasca*?— *Enfrasca*, *borasca*..... Ya le pillé. ¡Maldito cononante!

D. Isidro.

(*Se sienta*; *y despues de una puasa, dice.*)

Mire usted que si no me da conersacion, me enfadaré, y tomaré n libro.

D. Roque.

Sí; por que eso de leer es bueno ara quando uno no tiene otra cosa ejor que hacer. ¡Bendito séa Dios, á lo que vienen estas gentes á las ibrerías!— Déxeme usted escribir, eñor; y no perjudique al público, rivándole de ver esta obra quanto ntes..... *La nave de mi pecho*..... *barecho*, *pertrecho*, *contrahecho*.....

D. Isidro.

¿Con que usted no quiere decir ada de nuevo?

D. Roque.

Amigo, acuda usted á la Gazeta; si nó, ya vendrá por ahí D. Silvestre que le contará á usted novedades con aquella sal y aquella brevedad que acostumbra.— En fin, déxeme usted trabajar, que para eso he madrugado hoi bastante.

D. Isidro.

Yo tambien madrugo. ¿Le parece á usted que ántes de las siete de la mañana no estaba yo en el juego de trucos?....— Pero óigame usted solamente dos palabras. Quiero contarle en confianza lo que acaba de sucederme.

D. Roque.

Vaya, Señor: hable usted; que bien oigo.

(*Prosigue escribiendo.*)

D. Isidro.

Pues ahora he encontrado en la calle á la Tia Nicolasa; y me ha dicho..... (estói loco de contento).... que habia pensado en mí para Novio de su Sobrina Feliciana.... —¿Quiere usted oirme, y no escribir?....— Que todavía no tenía el sí de la Chica; pero que procurase yo insinuarme con ella, y grangear su afecto con mis cariños y regalos. La tal Felicianilla me gusta como soi Isidro; y ya verá usted.....

D. Roque.

(*En tono de recitar un verso.*)

Me gusta mucho como soy Isidro.... Calle, Señor: no me haga equivocar.

D Isidro.

¡Qué hombre tan insociable! No merece usted que le cuenten nada....— Ha! ¿No sabe usted que acabo de ganar una apuesta? (*Saca un bolsillo,*

empieza á contar doblones.) Pero ¡qué apuesta!.... Uno, dos, tres, quatro, cinco, seis, siete, ocho:.... (*Prosigue contando en secreto y* D. Roque *escribiendo.* Sale D. Silvestre, *vestido á lo machucho y con báston; y el* Librero *con un Mozo que trahe una banasta de libros.*)

ESCENA V.

D. ROQUE, D. SILVESTRE, D. ISIDRO *y* EL LIBRERO.

El Librero.

Dexa ahí esa banasta, Muchacho. (*A* D. Silvestre *aparte.*)

Repito á usted, Señor D. Silvestre, lo que dias ha le he dicho, siempre que me ha hablado de sus deséos de lograr á Feliciana. Por mi parte no hai el menor inconveniente, Vecino mio; pero la explorarémos ántes la voluntad. Celebro que hayamos tratado del asunto; por que desde hoi quiero pensar seriamente en él.

D. Silvestre.

Mil gracias, Amigo mio. (*Bostezando.*) Ai, ai, ai!.... ¿Qué hora es? No sabe un hombre que hacerse. Ya van siendo largas las tardes....— Ha! Ahora que me acuerdo. Cuidado que despues (¿me entiende usted?) tengo una súplica que hacerle.— D. Roque, aunque usted no quiera.

D. Roque.

¿Quien le ha dicho á usted palabra de querer, ó no querer?

D. Isidro.

¿Qué noticias nos trahe usted, Señor D. Silvestre? ¿Es verdad lo que dicen de los Ladrones y puñaladas que hubo anoche en el barrio?

D. Silvestre.

Ya se vé que lo es. Absolutamente sé yo el caso de memoria.

El Librero.

Vaya usted contando, miéntras yo desembanasto estos libros.

D. Roque.

¿Si me dexarán escribir esto Charlatanes?

D. Silvestre.

De suerte y de manera es, Señores mios, como digo de mi cuento que serían por ahí por ahí, circun circa, sobre corta diferencia, casi cá las doce de la noche; y ya se vé, tales horas, absolutamente, como ustedes saben, maldita el alma que se encuentra por esas calles de Christo....— Sentémonos en paz y gracia de Dios, por que, como soi de tierra que el caso merece oirse con sosiego (*Siéntase.*) Con que, Amigos, en substância..... (*Tose y escupe.*) sucedió que un pícaro de un Ladron.... ¡Vaya, que sólo Barrabas inventara tal enredo!.... Pero es de advertir que lo sé todo de buena tinta.... Ello es que el Tunante, grandísimo canalla (Dios me lo perdone) andaba como digo, mui embozado..... Y absolutamente, Amigo de mi alma, llegando á la rinconada (¿me entiende usted?) de una callejuela..... se arrojó sin mas ni mas, como iba diciendo á robar á un hombre: en fin, aquello que llamamos (¿está usted?) la bolsa ó la vida. — El, ya se vé, viéndo

e acometer, díxole, dice: hombre, yo, dice, no traigo alhaja de valor que usted, dice, me pueda quitar; pero con todo, dice, eso de dexarme yo acogotar, dice, nó Señor; y absolutamente, por vida de la Giralda, como quien no dice nada, va entónces, coge, y ¿qué hace?..... (¡cosa como ella!) levanta del suelo (hablando con perdon de ustedes) un guijarro.... ¿lo digo?.... le sacude, zás, aquí en mitad de la frente (salva séa la parte) al susodicho Ladron..... No sé si me explico.. ..

D. Roque.

Sí, sí: tiene usted bravas explicaderas. (*Aparte.*) Reniego de tu pesadez: amen.

D. Isidro.

Acabe usted.

D. Silvestre.

Pues acabo. El vinagre del hombre, que (no agraviando lo presente) era un Mozeton alto, (mal comparado) un Sanson, un Filistéo, y como dixo el otro, un bruto (fuera del alma)..... (*Toma tabaco.*) para servir á ustedes, parece á ser que agarró entónces al otro (¡miren qué Demoniol) y ¿por dónde? — por la espalda; pero con tanta furia y tanto aquél..... No sé si usted me comprehende.....

D. Isidro.

¡Oh! qué paciencia! ¿Apostemos que todo eso es patraña?

D. Silvestre.

No nos interrumpa usted.

D. Roque.

El interrumpido soi yo, pobre de mí!

D. Isidro.

Vayan diez doblonc.ejos.

D. Silvestre.

Nó, Amigo; ni un real de plata. No arriesgo yo por frioleras las caras de mi Soberano; y, como decía mi Avuela (¿está usted?) siempre porfiar, pero nunca apostar.

D. Roque.

El Señor hace uno y otro.— Así me dexaran ustedes proseguir una tempestad alegórica que estói escribiendo.

D. Silvestre.

Tampoco á mí me dexan contar mi historia, que absolutamente es cosa que pasma; por que, Amigos, andando en estas andanzas, ten de aquí, ten de allí, si caigo, ó no caigo, ¿qué les parece á ustedes que sucedió? — Que por lo que quiso el Angel de la Guarda, yo no sé como infiernos dizque se apareció por allí una Patrulla.... (tenga usted cuenta)..... y sin mas acá ni mas allá, como el Diablo las carga, el condenado del hombre (Dios nos asista!) se abalanza con una navaja en la mano; y séa por esto, ó por lo otro, ó por lo de mas allá, lo cierto es que, sin andarse en pataratas, allí no hubo mas sinó que, álcabo y á la postre, él, sin respeto maldito aquél (¿me entien le usted?) á la Patrulla.... (ahorrémonos de palabras) ya se vé, absolutamente.... Pero ¿cómo?— Me alegrara que ustedes lo hubieran visto.. .— En efecto (para abreviar el cuento)....

D. Isidro.

¡Buena brevedad te dé Dios! Ya

basta, Señor. ¿No hai quien quiera poner algo á que ésa es bola?— Señor D. Roque ¿apostemos?

D. Roque.

Señor, soi Poeta.

El Librero.

Dexen ustedes al Señor D. Silvestre, que él hará de todo una relacion puntual.

D. Isidro. (*Levantándose.*)

Tan puntual puede ser, que no se acabe en todo el dia....— Diga usted, Patron: ¿su Sobrinita de usted donde anda?— ¡Si usted supiera lo que me gusta oirla cantar!— El otro dia disputaban en el Café sobre quien cantaba mejor: la del quarto principal, ó ella; y yo aposté una docena de medallas á favor de la Feliciana. ¡Así hubiera puesto cinqüenta, como las habia de ganar!— Con su permiso de usted, quiero entrar á verla.— A lo ménos, aquélla es Muchacha de buena conversacion; y nó D. Roque, que no habla una palabra, y D. Silvestre, que nos ha molido con su cuento. (*A* D. Silvestre.) No me pillará usted mas. (*Vase.*)

ESCENA VI.

D. ROQUE, D. SILVESTRE *y* EL LIBRERO.

El Librero.

Señor D. Silvestre, éntre usted tambien, si gusta; y empiece á observar qué tal le recibe la Chica. Bien sabe Dios quanto deseo que se incline á usted.

D. Silvestre.

Yo me ingeniaré lo mejor que pueda.— Entre paréntesis, hablemos de aquel empeño. Parece (¿me entiende usted?) que Fermin está despedido; y absolutamente es preciso que usted le reciba.

El Librero.

¿Qué no haré yo por servir á usted? Mi Parienta, siempre opuesta á Fermin, es quien me ha metido en la cabeza mil cuentos contra el pobrecillo, de suerte que, para tener paz en casa; me vi precisado á despedirle. No lo merecía él; por que tiene mas honradez y entendimiento de lo que parece. En fin, me hace mucha falta en la tienda; y basta que usted interceda por él.

D. Silvestre.

¡Vaya! que hoi absolutamente es un dia (como dicen) de hacer mercedes. El Mancebo quedó (¿me entiende usted?) en venir aquí incontinenti á saber (como digo) las resultas de mi empeño.— A Dios hasta luego. (*Haciendo que se va, y volviendo.*) Apénas haga mi visita á Feliciana, me tendrá usted aquí puntualmente á acabar el cuento del Ladron. (*Vase.*)

ESCENA VII.

D. ROQUE *y* EL LIBRERO.

D. Roque. (*Levantándose.*)

Aunque pierda de hacer una docena de versos, voi á hablar dos palabras á su Parienta de usted sobre

cierta pretension que tengo con ella. Para obligarla á que conceda lo que quiero pedirla, la diré que es cosa á que usted se ha negado.

El Librero.

¿Al instante dirá que sí, sólo por llevar la contraria.

D. Roque.

Cuidado no me llegue nadie á estos papeles, que importa mucho, por que han de redundar en gloria inmortal de la Poesía Castellana. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

El Librero.

¿Qué coplas serán éstas que está escribiendo?.... (*Tomando un papel de los que ha dexado* D. Roque.) Veamos por curiosidad. (*Lé.*)

"La nave de mi pecho que se enfrasca,
"Combatida de la áspera borrasca
"De mis funestos males,
"Ya zozobra, y se atasca
"En el fatal escollo
"De desesperacion en que me atollo....
"Hoi me ha dicho la Tia Nicolasa.....
¡Qué viene á ser esto!....
"Ya el discurso que sirve de Piloto,
"Perdido el rumbo, admira el alboroto
"De las olas y vientos.....
„Novio de su Sobrina Feliciana....
(*Una grán pausa.*)
¿Qué ha puesto aquí este hombre?
"Cuyos trágicos ímpetus violentos....
"Me gusta mucho como soi Isidro
"La tal Felicianilla.....
"Me alejan ya de la dichosa orilla...
¿Qué guirigái es éste?... *¡Tia Nicolasa, Sobrina Feliciana, como soi Isidro, Novio*, y *me gusta mucho*, revuelto todo con la *nave*, los *vientos*, el *escollo*, y el *Piloto*....! — Yo no lo entiendo.... — ¿Si escribirá D. Roque alguna cancion á mi Sobrina en nombre de D. Isidro?... ¿Y mi Muger anda tambien metida en la danza?— Aquí hai gato encerrado. Yo me veré con ella; y la haré confesar qué embrollo es éste.

ESCENA IX.

EL LIBRERO *y* FERMIN.

Fermin.

Perdone usted mi atrevimiento, ó por mejor decir, la demasiada confianza que tengo en el buen corazon de usted. Yo, Señor.....

El Librero.

Ya me ha hablado D. Silvestre por ti; y quedas recibido en mi casa.

Fermin.

¿Con qué podré pagar á usted?

El Librero.

Con proceder como hasta aquí, Fermin. Aunque mi Muger te acuse, yo sé la lei que siempre nos ha tenido. No puedo dexar de conocer que mi Sobrina ha adquirido con tus instrucciones pensamientos mucho mas elevados de los que caben en personas de su esfera. A ti te debe muchas de sus habilidades, y parte de su juicio y buena crianza. Así has contribuido á su fortuna, tanto que D. Silvestre la crée digna de ser su Esposa, y hoi mismo se la he ofrecido.

Fermin.

¿A D. Silvestre?

El Librero.

Seguro.

Fermin.

Nunca será tan dichosa Feliciana como lo soi yo en haberla servido en algo, y en merecer la benevolencia de usted. (Fermin *dexa el sombrero, y empieza á coordinar algunos libros.*) *Sale* D. Roque.

ESCENA. X.

EL LIBRERO, FERMIN y D. ROQUE.

D. Roque.

Amigo Fermin, he hablado á la Tia Nicolasa, que acaba de venir de la iglesia; y me hubo de arañar por que la dixe que recibiese á usted.

El Librero.

Ya está admitido, aunque mi Muger no lo apruebe. Alguna vez he de ser yo Amo de mi casa. Voi á decirla quatro cosas bien dichas sobre esto... y sobre otras sospechas que tengo. (*Entregando á* D. Roque *el papel de versos.*) Señor Poeta, hágame usted el gusto de no volver á nombrar en sus coplas á mi Sobrina. (*Vase.*)

ESCENA XI.

D. ROQUE y FERMIN.

D. Roque.

(*Reconociendo lo escrito.*)

¿Qué dice este hombre?... ¡Ola, ola! Qué he escrito yo aquí?...,— ¿Quanto va que he puesto entre mis versos parte de la conversacion de D. Isidro?..., Dice bien el Librero..... Pero yo me tengo la culpa, que me vengo á escribir entre Habladores y Gritones. (*Vuelve á sentarse.*)

Fermin.

Señor D. Roque, estói sumamente agradecido.

D. Roque.

Palmotée usted quando se represente mi Tragedia; y con eso quedo pagado.

Fermin.

No sabe usted bien el favor que me han hecho los que han intercedido por mí.

D. Roque.

Ya, ya me parece que usted no puede vivir sin volver á la querencia. Todo lo merece la Feliciana. ¿La da usted muchas lecciones?

Fermin.

No soi capaz de darla todas las que su mucho entendimiento puede comprehender.

D. Roque.

La Chica saldrá aprovechada.— Déxeme usted escribir; y prosiga la obra de misericordia de enseñar al que no sabe, que es uno de los setenta y dos modos de introducirse con las Damas.

ESCENA XII.

FERMIN, D. ROQUE y FELICIANA.

Feliciana (*Como llorosa.*)

¿A quién me quexaré?.... (*Alborozada repentinamente.*) ¿Aquí estás,

Fermín?

Fermin.

Sí: ya me tienes de nuevo recibido en esta casa, á tu piés, gozando de esos ojos.

Feliciana.

Sólo este feliz suceso puede consolarme en el sobresalto y afliccion con que me encuentras.

Fermin.

Pues qué hai? Que tienes?

Feliciana.

Desdichas. Mi Tio queda ahora riñendo á su Esposa por no sé qué historias suyas que ha descubierto; pero sus disensiones en nada contribuyen á nuestro amor; ántes bien se confirma mi Tio en su intento con la oposicion que encuentra en ella. Algunas palabras que quise decirles, y que no me escucháron, sólo sirvieron de irritarlos.

Fermin.

¡Ah, pobre Feliciana! Ya todos te persiguen para traspasarme el corazon, para aumentar en él mi ternura, para hacerme el mas desgraciado de los hombres.... ¿Y qué he ganado yo con volver á esta casa? Asistir á tu boda con Don.....

Feliciana.

Con D Isidro: sí. Mi Tia le ha ofrecido por su parte mi mano.

Fermin.

¡Con D. Isidro! Nó, sino con D Silvestre, de quien me ha dicho tu Tio que has de ser Muger. Ya ese buen Caballero es á un tiempo mi Bienhechor y mi Antagonista.

D. Roque.

¿Quantos opositores hai á esta cátedra?

Feliciana.

El Señor D. Roque nos favorece; y ya que no tenemos ocasion de hablar á solas, delante de él hemos de tratar del modo de salir de este aprieto.

D. Roque

¿No han encontrado ustedes otro mas bonito para Encubridor?— Pero, como no me interrumpan, hablen hasta mañana á estas horas.

Fermin.

A Dios, Feliciana mia. Antes me despidió tu Tio; pero ahora me despediré yo, pues me falta valor para verte padecer.

Feliciana.

¿Y le tienes para dexarme en esta turbacion y peligro?

Fermin.

Yo quisiera.... ¿pero nó: el tiempo es corto.... Voi á declararme con tus Tios, á decirles que te adoro.....

D. Roque.

Baxen ustedes la voz.

Fermin.

Y á impedir las pretensiones de quantos aspiren á tu mano.

Feliciana.

Temería que tu amor te cegase, si no conociese tu prudencia....

Fermin.

Somos infelices; pero no desconfies — Escucha..... ¿Qué vocería es ésta?

D. Roque.

Si digo yo que me han de hacer escribir mil disparates.

ESCENA XIII.

D. ROQUE, FERMIN, FELICIANA, D. ISIDRO y D. SILVESTRE.

D. Isidro.

(*Sacando el bolsillo.*)

Dígole á usted que no tiene razon en la opinion que defiende ; y pongo cien pesos contra un real.

D. Silvestre.

No séa usted tan vivo. Yo (¿ me entiende usted ?) lo he leido aquí en un libro..... Vamos poco á poco.... Y en substancia , quando no lo diga (¿está usted?) un Autor clásico, absolutamente me doi por tonto.

D. Isidro.

Pues *absolutamente* veamos ese Autor ; y depositese la apuesta en D. Roque.

D. Silvestre.

(*Reconociendo un estante para buscar un libro.*)

Sosiéguese usted; que, como dixo allá , no sé ganó Zamora en una hora.— El libro es éste. No hai que darse prisa , Señor.....

D. Isidro.

Aquí está el bolsillo.....

D. Silvestre.

Para salir (¿entiende usted ?) de la duda , no necesitamos aquí apuestas ni voces — Me perece que ha de ser en el capítulo octavo.....

D. Isidro.

Pero , Señor , apostemos, aunque no séa mas que una caxa de tabaco.

D. Silvestre.

Ya escampa.

(*Sale un* Hombre *de capa.*)

El Hombre.

Señores se vende aquí.....?

D. Isidro.

Aquí no se vende nada.

El Hombre.

La Historia de Carlo mano ?

D. Isidro.

(*Echándole por fuerza , y gritando*)

Nó , Señor : allá en las gradas de S. Felipe. Vaya usted con Dios.

El Hombre.

Perdone usted, Caballero. (*Vase.*)

D Isidro.

Ahora que estamos en nuestra disputa , se nos viene con Carlo-mano. Que se vaya en hora mala.

Fermin.

Cierto que el Amo tendrá buena ganancia , si se despiden así los Compradores.

D. Silvestre.

Quiero darle á usted con el texto....

D. Isidro.

Venga acá ese libro....

D. Silvestre.

Tenga usted paciencia....

D. Isidro.

Suelte usted , Señor.

(*Forcejando* D. Silvestre y D. Isidro *sobre quien ha de abrir el libro , se queda éste con una hoja rasgada en la mano á tiempo que sale el* Librero.)

ESCENA XIV.

Los dichos y EL LIBRERO.

El Librero.

¿Qué greguería es ésta ? Desde

llá dentro he oído que me han echado ustedes con cajas destempladas á os que vienen á comprar libros..... *A* D. Isidro) ¿ Y de mas á mas me asga usted la hoja de la fachada de ste tomo ?— Voto á.....

D. Roque, *espantado de los gritos del* Librero, *vierte el tintero, y mancha los libros que hai en la mesa en que escribe.*)

D. *Roque.*

A Dios ! Buena la he hecho !

El Librero.

¿Qué es eso? — ¿Tambien usted, eo Coplista ?.... ¿Ven ustedes como ste hombre vierte el tintero, y me ancha una docena de libros ?— Por ida de. ... Y lo bueno es que los teía ya vendidos.

Miéntras el Librero *riñe al Poeta, y recoge los libros manchados,* D. Silvestre *se sienta, saca un corta plumas, y empieza á cortar pedacitos de madera del mostrador.*)

D. *Silvestre.*

Por hacer algo probemos este orta-plumas.— Ola ! Pues no es de ala casta.

El Librero.

¿Oye usted, Señor D. Silvestre? No ha encontrado usted otra cosa mer en que estrenar su navaja que el ostrador de mi tienda ?

D. *Silvestre.*

En algo me he de entretener.

El Librero.

Volviendo el rostro al Fermin *y* Feciana, *que están hablando en secreto.*)

Digo, digo, Niños. ¿Tambien stedes ? Parece que todos se burlan hoi de mí. ¿Qué tienen ahora que hablar?— Como que ya me voi enfadando.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos y LA TIA NICOLASA, (*Que sale haciendo algunas contorsiones, y cae desmayada en una silla.*)

Nicolasa.

Ai !... Ai !.... Que me muero !.... Confesion.....

Feliciana.

¿Qué la habrá dado á mi Tia ?

El Librero.

Ya la entiendo yo el mal. Ha tomado una rabieta, por que no la dexé salir con su tema. Está desesperada por que Fermin ha vuelto á casa, y por que no la permito casar á Feliciana con quien ella quiere.

Nicolasa (*quexándose.*)

Ah ! Tú y esa pícara Sobrina me habéis de quitar los dias de la vida.

D *Roque.*

Oiga ! Parece que no ha perdido el habla.

Nicolosa (*cobrando aliento.*)

D. Isidro, si ese Fermin entra en casa, ya no hai nada de lo dicho.

D. *Isidro.*

Como nó ? Pues ¿ qué importa que el Mancebo esté, o nó en la Librería ?— ¿ Quanto quieren ustedes apostar á que la Feliciana ha de ser mia, y nó de otro ?

D. *Silvestre.*

Vamos á espacio Su Tio, (está usted ?) me la ha ofrecido absolutamente así como suena.

Nicolasa.

Pues! No faltaba mas. —

Fermin.

Nadie puede negar el mérito y conveniencias de D. Silvestre y de D. Isidro; pero....

El Librero.

¡Qué mérito, ni que xácara! Ellos y D. Roque me tienen harto. ¿No es bueno que se vienen á alborotarme la tienda, y hacer en ella mil destrozos y fechorías? Si ellos viniesen aquí por afecto á mi casa, mirarían con mas amor mi hacienda; pero ya voi viendo que toman esto como tertulia de comodidad.

Fermin.

No quisiera yo, Señor, dar á usted tambien motivo de enojo. Si usted busca quien tenga verdadero amor á usted y á su familia, bien obligado me tienen á ello los favores que le debo. Animado de éstos, y temeroso de que el callar en ocasion tan crítica me cueste la dicha de toda mi vida, me atreveré á confesar á usted....

Nicolasa.

¿Adonde irás á parar con toda esa letanía?

El Librero.

Calle, Señora, déxenos en paz.... ¿Y bien, Fermin? ¿Qué ibas á decir?

Fermin.

Que ya no es tiempo de disimular, Patron mio: que Feliciana nació para....

Nicolasa.

Para hacerme rabiar.

Fermin.

Nació para mí, y yo para Feliciana.

D. Roque.

Le aconsejo á usted que no la meta Monja. Yo soi testigo de que se requiebran.

Nicolasa (*Al* Librero.)

¿No te lo decía yo? — Aun por eso vino D. Roque á abogar por Fermin. ¡Ah, traidor!

El Librero (*A* Fermin.)

¿Qué osadía es ésa? Cierto que me coges hoi de buen humor. ¿Como te atreves á poner los ojos en mi Sobrina, quando la tengo prometida á un hombre como D. Silvestre?

Nicolasa.

Y quando yo la he prometido tambien á D. Isidro.

Feliciana.

Ninguno de esos dos Caballeros querrá vivir desdichado con una Muger cuyo corazon es ajeno.

D. Silvestre.

Por ninguna de las maneras.

D. Isidro.

Mas vale que esto se haya descubierto en tiempo; pero con todo, usted démela, que yo la haré acá á mis mañas. ¿Apostemos á que al fin me había de querer?

El Librero.

¿Apostemos á que yo no he de hacer sinó lo que séa de razon? — La propuesta de Fermin es bastante arrojada; pero necesita exâminarse.

Fermin.

Señor, yo no puedo jurar á usted....

Nicolasa.

Quítenme de delante ese Mocosuelo. ¿Qué Sujeto es él para....

El Librero.

Poco á poco, Nicolasa. Yo quiero hacer quanto pueda para no violentar á Feliciana. Hartos Tios han sacrificado ya Sobrinas, dándolas Maridos á disgusto. Es verdad que Fermin es de buena familia. Tambien es verdad...

Nicolasa.

Tambien es verdad que no tiene ni un quarto.

Fermin.

Mi Primo es hombre de caudal. Movido de mis súplicas, y compadecido de mi desgraciado amor, me ha ofrecido que quando lograse la mano de Feliciana, podíamos ella y yo ir á vivir á su casa, donde todo nos sobraría.

El Librero.

Eso ya muda algo de especie; pero sin embargo....

Nicolasa.

Yo quedaría mui mal con D. Isidro.

El Librero.

Y no quedaría yo mui bien con D. Silvestre.

D. Silvestre.

¿Y qué? ¿Había yo de casarme con nadie (¿entiende usted?) por fuerza? Miro yo un poco mas (que digamos) por mi comodidad.— ¿Qué le parece á usted? No hemos quedado lucidos? Absolutamente me ha regalado un chasco mediano el tal Fermin, despues que he intercedido por él.

(Tomando el baston, y poniéndose el sombrero.)

Vamonos de aquí, D. Isidro.

D. Isidro.

Yo tambien renuncio la Novia, ya que la Tia Nicolasa ha venido á brindarme con ella quando la inocentita ya había buscado su vida. ¿Apostemos á que el Amigo D. Silvestre lo siente mas que yo?— D. Roque, no volvamos mas á esta casa.

D. Roque.

Lo mas que yo puedo hacer, si están ustedes contra el Amo de ella, es sacar al teatro en el primer Sainete que haga un Librero impertinente como él.

Nicolasa.

Sí, Señor D. Roque: hará usted una obra de caridad, y saque usted tambien al tablado una Muchacha que todo el dia está cantando como Feliciana, y un Muchacho metido á Doctor, que siempre está leyendo como Fermin.

El Librero.

La Música y la lectura tomadas con moderacion son virtudes.— En fin, Señores:

(A D. Silvestre y á D. Isidro.)

yo he procedido bien; y no tengo la culpa de que mi Sobrina no pueda ser de uno ni de otro. Y en este caso.....

Nicolasa.

Algun desatino irás á hacer.

El Librero.

Déxame hablar, Nicolasa..... Yo no tengo que andar en contemplaciones con nadie. — Señor D. Isidro, á las Librerías se viene por libros, no á destruir la hacienda del pobre Librero, ni á despedir á los que llegan á comprar.— Señor D. Silvestre, el

mostrador de mi tienda me ha costado mi dinero. Si usted quiere partir leña, tome una hacha, y al monte.— Señor D Roque, ni éste es parage destinado para escribir coplas, ni es razon mancharle á uno de tinta las alhajas de su casa. — Desde hoi en adelante conoceré lo que sacamos los Libreros de consentir en nuestras tiendas á gente sin ocupacion. Desengáñense ustedes: las Librerías no son Cafées, ni casas de juego, donde hai licencia de gritar y hacer apuestas, sinó concurrencias propias de las pocas personas que hai eruditas y sabias.— Señora Parienta, aquí yo soi el que mando; y ya he tomado mi determinacion. Si usted tiene tema con Fermin y con la Chica, tanto peor para usted, que los verá ahora casados por muchas razones que tengo para ello.— Sobrinos mios, viviréis en mi casa; quanto tengo será para vosotros; y os deséo mil felicidades.

Fermin.

(*Echándose á los pies del* Librero.)

La principal, que es la de nuestro matrimonio, la debemos á la prudencia y bondad de usted.

Nicolasa.

Marido, es imposible que tú puedas hacer cosa buena. (*Vase.*)

Fermin.

Aunque se vaya ahora enojada, nosotros sabrémos aplacarla con nuestro perpétuo rendimiento.

D. *Silvestre.*

Absolutamente usted ha hecho una brava alcaldada; pero ya me echará usted ménos quándo se trate (¿entiende usted?) de tener divertida la tienda con novedades. Sólo por eso se ha de quedar usted sin saber el fin del cuento del Ladron. (*Vase.*)

D. *Isidro.*

(*Al* Librero.)

Usted se ha perdido de ganar la apuesta que yo hacía á que Feliciana había de ser mi Novia; pero ese dinero mas me llevo en el bolsillo. (*Vase.*)

D. *Roque.*

(*Recogiendo los papeles que tiene sobre la mesa.*)

Si usted hubiera pensado en darme por Esposa á su Sobrina, yo la hubiera inmortalizado con mis versos; pero ya que usted me echa de su Librería, no ha de tener la gloria ni la utilidad de vender mis obras.

(*Hace que se va; pero vuelve, y exclama con estos versos.*)

¡O Musas del Parnaso! es cosa fuerte
Que traten á un Ingenio de esta suerte!

(*Vase.*)

Feliciana.

Ahora sí que podré cantar á mi sabor.

Fermin.

El placer de vernos unidos convertirá en festiva tu Música que poco ha era triste.

El Librero.

Muchacha, siempre que te lo pida el cuerpo, canta; que mas quiero ver la tienda alegre, que alborotada con los gritos y porfías de esta gente.

(Feliciana *canta una tonadilla.*)

F I N.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.23
no.10